



Un visitante pasa, ayer, ante una obra de Marcel Duchamp incluida en la exposición 'Tiempos convulsos' del IVAM. JUAN CARLOS CÁRDENAS / EFE

El IVAM saca el espejo de su colección

Reúne 375 obras para reflejar los 'Tiempos convulsos' en que vivimos con motivo de su 30 aniversario

SALVA TORRES VALENCIA «Tiene un carácter narrativo» que pretende recoger «aspectos fundamentales de las últimas décadas». Así presentó José Miguel Cortés, director del IVAM, la exposición *Tiempos convulsos* con motivo del 30 aniversario del instituto valenciano. Una narración marcada por esa convulsión aludida en el título de una muestra que reúne 375 obras, de 125 artistas, seleccionadas de entre las más de 12.000 que integran la colección del museo. Convulsión que viene a reflejar lo sucedido en buena parte del siglo XX, extensible a la actualidad igualmente acalorada, de la que dan cuenta las piezas desplegadas en los 2.000 m² de las diez salas ubicadas en las galerías 4 y 5 del IVAM.

María Jesús Folch, comisaria de la muestra junto a Sergio Rubira y el propio Cortés, aludió a Sigmund Freud y a Albert Camus para explicar cierto segmento de la exposición. Citó los ensayos *Introducción*

al narcisismo, del primero, y *El hombre rebelde*, del segundo, para señalar cómo el arte y la rebelión del artista en el mundo cerrado de su obra en busca de explicaciones, dotan al texto artístico de un carácter terapéutico. De manera que el IVAM, aunando la narración y ese carácter balsámico del arte, se adentra en los «tiempos convulsos» que reflejan las obras de su colección, sin tener por ello que abrasarse.

Folch insistió en ello: «El artista lucha con su obra contra la injusticia y se pregunta acerca de las acciones destructivas del hombre». Destrucción recogida en las diversas áreas temáticas de la exposición, ya sea mediante el poder de las guerras (civil española y mundiales) o el poder establecido cuando se extralimita, pero también como reflejo del propio sujeto que siente el malestar en la cultura, por seguir al aludido Freud. Historias y microhistorias, contenidas en el subtítulo de la muestra, que Cortés

puntualizó para explicar la convención entre los más grandes sucesos y las pequeñas estampas cotidianas.

Las 375 obras que, como un espejo a lo largo del camino, construyen la narración de las últimas décadas, incluidas las tres últimas de vida del propio IVAM, contienen cierta singularidad. «El 40% no se ha expuesto nunca o escasas veces», destacó su director, quien recaló a su vez el 20% de obras «que hemos rescatado y que hace tiempo no se exponían». El 40% restante son más antiguas, pero mostradas igualmente de una forma diferente: «Ofrecemos otra óptica», añadió Cortés. Incluso hay una pieza sobresaliente, que procede del Museo Reina Sofía: «Es una de Warhol y Basquiat que nos la ha cedido durante cinco años y que viene a llenar un vacío que teníamos en el IVAM, porque no había ninguna de esos artistas».

CARÁCTER REIVINDICATIVO

Violencia y poder, mundos ocultos, Duchamp y el mundo de los objetos, el cuestionamiento de las imágenes, los cuerpos disidentes y las periferias urbanas son las áreas temáticas contenidas en el trayecto expositivo. Trayecto que se inicia con la escultura *Prometeo*, de Jacques Lipchitz, ubicada en la entrada de la galería 4. Una pieza que los comisarios entienden como metáfora o introducción del recorrido, por cuanto revela el carácter reivindicativo de los artistas, quienes, como Prometeo, arrojan luz con su obra de carácter sacrificial.

Tiempos convulsos arranca así y

termina con una pieza de Rogelio López Cuenca sobre los nuevos muros que se levantan ahora en pleno siglo XXI, 30 años después de que se derribara el de Berlín. Una especie de bucle desesperanzado, tras la yincana de obras que reflejan el sufrimiento antes los abusos de poder o la propia angustia existencial que nos habita como seres para la muerte, de los que habló Heidegger. Incluso el epílogo de la muestra ahonda en ese carácter convulso, mediante el proyecto de Chema López titulado *Materia y memoria en Aub, Hervás y Chirbes*, ubicado en el espacio expositivo de la Biblioteca del IVAM. Un espacio lleno de moscas alusivas al discurso figurado de Max Aub, de su ingreso en la Real Academia Española: El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo.

De la convulsión a las tinieblas, de lo siniestro freudiano y la rebelión de Camus a la violencia destructiva y suicida: he ahí el tejido discursivo de la exposición que hasta el 19 de abril de 2020 viene a celebrar los 30 años del IVAM. Una celebración diríase amarga si no fuera por que el arte y los artistas están para eso: para mostrarnos los claroscuros de una realidad siempre conflictiva. «La verdad es siempre increíble», dice Dora García en una frase recogida en una de las salas de la exposición. El IVAM, por increíble que parezca, la muestra a través de 375 obras tan diferentes como hermanadas por esa convulsión de los últimos tiempos. Tiempos, ahora y siempre, agitados y confusos.

LES ARTS 'I MASNADIERI'

Bandidos polígonos y punkis

FRANCISCO BUENO VALENCIA

La escenografía italiana de la ópera de Verdi *I masnadieri* presentada en el Palau de Les Arts ambientó el drama sajón de Schiller en una cutre discoteca de cualquier polígono sito en el extrarradio urbano. Las chupas de cuero y los pantalones de vinilo se apoderaron del proscenio, junto con el cortejo de punkis figurantes que acompañaron al malvado Francesco en su castillo. La abundancia de focos en la pista de baile vino a simbolizar el bosque en donde los amantes se encuentran. Con este montaje no podía usarse la espada, anacrónica. En su lugar, la pistola. Empero, un anciano conde como Massimiliano no parece tener cabida en este local discotequero, ideado para jóvenes polígonos y punkis, de verbo vulgar. La iluminación, pobre, con el único recurso al rojo del fuego.

Esta ópera de juventud de Verdi —aún no había compuesto la trilogía de los años centrales, durante la década de los 50, con *La Traviata*, *Il Trovatore* y *Rigoletto*—, alcanzó una exitosa interpretación en su segunda función, el pasado domingo, día 9. El elenco canoro, soberbio. En primer lugar, el espectacular barítono polaco, quien dibujó al pérfido Francesco con sus rotundas gamas graves, oscuras medias tintas y un increíble registro agudo. Su oponente, el tenor milanés, es un lírico-spinto muy expresivo, aunque su voz sea un poquito tirante en el registro agudo. Empero, supo subrayar las tribulaciones de Carlo. Fenomenal el bajo parmesano, encarnando a un rocoso Conde Massimiliano. La soprano siciliana es una voz de amplio espectro, lírico-dramática, que sacó gran partido a su dramático papel, muy afinada; aunque tal vez su timbre sea un tanto romo. Ya en los segundos papeles, correctos el tenor coreano y el barítono ucraniano; y sobresaliente para el bajo bergamasco que encarnó al sacerdote.

El coro, sobre todo el masculino, maravilloso, el cual participa mucho en esta obra. La dirección de Roberto Abbado le sacó el máximo partido a la solita forma, fórmula belcantista con la que se acompañan la mayoría de las escenas de las óperas italianas durante la primera mitad de la centuria decimonónica.